

ción con Francia. Los gobiernos lo desearon; pero el cebo de la ganancia prevaleció, y por él fracasaron todas las tentativas de boicote internacional: hubo capitalistas extranjeros que aprovecharon los acontecimientos para realizar grandes beneficios, porque, dadas las circunstancias, los franceses no vacilaban en pagar las primeras materias que necesitaban a un precio superior.

Ese método de cambio, que quedaría vigente hasta que los países vecinos se librasen del capitalismo, era la extensión de la actitud observada en el interior con los refractarios al pacto confederal.

La circulación monetaria no tenía carácter comercial más que para los extranjeros al contrato social; respecto de los asociados, la banca funcionaba como una reserva común para las necesidades. El reinado del oro quedaba, por consiguiente, abolido en la nueva sociedad: ese metal, privado de los poderes de fructificación, que había constituido su poder, se reducía a una función transaccional, que iría decreciendo siempre.

## CAPITULO IV

### Las profesiones liberales

Los «intelectuales», como antes se decía, no vieron mal la revolución. Muchos la recibieron con alegría y contribuyeron a su triunfo.

Sin embargo, entre éstos había quienes serían perjudicados por la transformación, porque perderían ventajas de fortuna o de posición; pero por eso mismo fueron entusiastas revolucionarios: la vida nueva les parecía una liberación; habían vivido oprimidos en la sociedad capitalista. Las satisfacciones materiales de que disfrutaban no compensaban los disgustos, las repugnancias y las penas que les ocasionaban las miserias e injusticias en que abundaba el medio burgués.

Hombres de alto valor en las ciencias, las artes, la literatura, todos beneficiarios del antiguo régimen, tenían respecto de él tales sentimientos de aversión, que vieron con alegría

su derrumbamiento. Ese estado de ánimo contribuyó a la caída del capitalismo: su ruina era tan deseada y tan esperada, que sus deseos impacientes formaron una atmósfera favorable a la revolución.

Muchos estudiantes tomaron parte en el movimiento: unos, tráfugas de la burguesía; otros, proletarios intelectuales, para quienes la vida se anunciaba penosa, unieron su suerte a la de la clase obrera, mezcláronse en sus combates, aportando su energía y su buena voluntad, habiendo sido acogidos fraternalmente.

Esta colaboración de los intelectuales a la revolución favoreció la reorganización de las escuelas, de los métodos de educación y también la transformación de las profesiones liberales.

En lo sucesivo, médicos y cirujanos no comerciarían con su saber y su experiencia: su profesión se convirtió en una función social, aceptada y cumplida por pasión profesional, por deseo de aliviar los sufrimientos humanos y no por interés mercantil. Ya en la sociedad capitalista se notaron síntomas de esta transformación: después que un práctico famoso había cuidado a los ricos, a tasas exorbitantes, le agradaba atender gratuitamente a los pobres,

y alguna vez hasta les ayudaba con su bolsa. La mayoría obedecían entonces a un impulso sentimental, sin dar a su acto de solidaridad humana un sentido de crítica social. Mas cualquiera que fuera el móvil, no dejaban de ser una protesta contra las desigualdades irritantes, contra el mercantilismo obligado, y tendían a restablecer el equilibrio. He ahí como esos doctores, que se creían sencillamente caritativos, estaban más preparados que otros para las prácticas comunistas de la nueva vida.

Hubo también arquitectos, pintores, ingenieros, químicos y otros que perdieron sus anteriores situaciones privilegiadas, y se conformaron con ser colaboradores útiles y preciosos para el buen funcionamiento de la sociedad, pero sus talentos no les dieron derecho a un tratamiento de favor.

Las asociaciones profesionales que, en las ramas liberales, existían precedentemente, se transformaron en sindicatos y se federaron. Esas agrupaciones tuvieron vida autónoma, como las otras corporaciones, y, como ellas, participaron de la vida y de los actos de la Confederación del Trabajo.

Como ya hemos explicado, las profesiones liberales no tuvieron condiciones de vida diferentes de las de las otras corporaciones, sus

sindicatos respectivos distribuyeron a sus adherentes la carta de gratitud, semejante a la de todos los confederados, con derecho de consumo sobre los productos existentes en abundancia; también distribuyeron a cada uno un carnet de «bonos» con derecho a consumir u obtener, en proporción igual para todos, los productos raros u objetos de lujo.

Sobre todos los productos, sobre todos los objetos que por existir en corta cantidad, habían de racionarse, la parte de cada uno era teóricamente proporcional; pero su repartición matemática, además de ser impracticable, hubiera sido absurda y hubiera dado malos resultados. La repartición lógica, que se hubiera buscado en vano por ese procedimiento, se obtuvo naturalmente por el libre juego de los gustos particulares, de las preferencias individuales: unos preferían tales productos, otros se dirigían a tal objeto, y esa dispersión de los deseos, esa variedad de los gustos realizó el equilibrio entre la oferta y la demanda. Así fué fácil que cada una satisficiera, en proporción a la riqueza social, sus apetitos de lujo.

Ese poder igual de consumo, atribuído indistintamente a todos, no parecía excesivo más que a los que se habían confinado en el estrecho cuadro de la vida burguesa. Los otros, que

conocían el trabajo de elaboración previa que venía preparando, desde la mitad del siglo XIX, las realizaciones actuales, se adaptaban, si no con alegría, al menos sin gran contrariedad.

En efecto, no había surgido bruscamente el sentimiento de igualdad y de equivalencia de funciones de que estaba saturada la clase obrera. Desde hacía mucho tiempo sus militantes, después de haber condenado los privilegios de la fortuna, enseñaban que un ser humano no adquiere por el saber derechos superiores a los de los demás hombres, y que no ha de reclamar una remuneración más elevada el que sea más instruído; demostraban que el que posee instrucción la debe a sus profesores, a los trabajos acumulados por las generaciones pasadas, a todo el ambiente que le rodea, lo que le ha permitido el desarrollo de sus facultades. Y añadían: los albañiles, los alcantarilleros, los panaderos, los labradores tienen tanta necesidad del médico como éste de ellos; entre uno y otros hay cambio de servicios; por consiguiente, debe haber equivalencia de derechos, y es abusivo que uno se alabe de su saber para tomarse una parte mayor en detrimento de sus coasociados.

No todos aceptaron sin murmurar esa nivelación. A los que no se conformaban, un doctor

famoso que, en régimen capitalista, había disecado los placeres facticios de la gran riqueza, aplicó el siguiente bálsamo filosófico:

«¿Habéis olvidado, les expuso, que lo que el rico podía consumir personalmente era poca cosa con relación a su creciente fortuna?

»No tenía más que un estómago y debía cuidarle. Cuando había comido dos o tres platos, dos veces al día, había tocado al límite de su facultad gástrica en cantidad. Sus alimentos eran escogidos, pero pronto se llegaba a la cualidad óptima.

»Las patatas, una de las mejores legumbres, se las procuraba buenas y baratas; pero en los frutos primeros, los exóticos o los de otras estaciones, podía satisfacer su vanidad pagando precios alzados sin que su placer aumentase proporcionalmente. La mayor parte de ellos no valían por su sabor lo que el fruto indígena propio de la estación.

»El mismo hombre no tenía más que una cama, porque la utilización sucesiva de muchas hubiera perturbado su sueño sin ventajas compensadoras. Los vestidos son como las camas; su cambio produce molestia. Se han de probar nuevos, adaptarlos al cuerpo, hacerse a ellos, lo que induce a los multimillonarios mismos a no tener un guardarropa mucho más importante que el de un empleado de almacén.

»Ese hombre sólo tenía una alcoba, por la misma razón que sólo tenía una cama, y así respecto de las dos o tres piezas que le servían realmente, el despacho, el comedor, el salón íntimo, porque el resto de la casa sirve para la recepción, para las visitas, es decir, para los otros...

»Podía viajar; pero los viajes frecuentes perturbaban su existencia y le exponían a mil disgustos que, para muchas personas son superiores a las distracciones buscadas.

»Podía asociar los otros a sus placeres; pero aparte de que pudiera ser más o menos agradable organizar distracciones en beneficio de personas extrañas, el placer no se consumía personalmente... En todo caso habría un principio de socialización de la riqueza...»

Para concluir, el optimista doctor predicaba a sus colegas la adaptación al nuevo medio: les exponía que su ciencia y sus talentos serían en él apreciados y valorados, pero no les darían prerrogativas; evocaba las alegrías y satisfacciones que experimentarían siendo unidades sociales con igual título que todos; alegrías y satisfacciones mucho más agradables que las felicidades relativas y artificiales que hubieran podido desvanecerse con su fortuna pasada.

Además, si el hombre de profesión liberal, favorecido por el éxito, podía considerarse como disminuído en su poder de consumo personal, desde el punto de vista profesional se hallaba tan rico como pudiera ambicionar.

Las organizaciones científicas y todos sus miembros tuvieron a su plena disposición un instrumental perfeccionado, laboratorios espléndidamente instalados y los medios para hacer todos los experimentos e investigaciones deseables. De donde resultaba que si todos los hombres de ciencia podían argüir que su superfluo personal era reducido, en compensación, si eran apasionados por su profesión, debían declararse más realmente ricos que antes.

Las organizaciones médicas y quirúrgicas, de acuerdo con las de personal sanitario, cada una en su esfera, se encargaron de los servicios de sanidad y de higiene, substituyendo a la imprevisora y odiosa administración de la Asistencia pública, que había sido suprimida.

Las casas de salud y los hospicios fueron transformados, admirablemente arreglados, con toda la higiene deseable y el máximum de comodidad. Nada fué descuidado para hacer de esos palacios del dolor lugares donde el enfermo hallara en un cuadro risueño un lenitivo a sus

sufrimientos, un regocijo para sus ojos, una dulzura moral.

Añadamos que la casa de salud y el hospicio no eran obligatorios, aparte de las enfermedades epidémicas. Cada uno podía hacerse cuidar a su gusto, en su domicilio o en una casa común. Además, el personal sanitario, antes dedicado al servicio en condiciones tan defectuosas como mal remuneradas, se reclutó por afinidades, por vocación, no bajo la presión de la necesidad, y por eso los guarda-enfermos y enfermeros aportaban al ejercicio de sus funciones una amabilidad y una atención muy raras en el sistema anterior.

Además de la reorganización de todos los servicios referentes a la salud, los sindicatos de médicos, de cirujanos y de farmacéuticos se ocuparon activamente de la reforma de las escuelas especiales, que en lo sucesivo funcionarían con plena autonomía, reivindicada en vano bajo el antiguo régimen: las escuelas se administrarían por sí mismas, los alumnos elegirían sus profesores; la enseñanza, sin perder valor teórico, sería más profundamente práctica, técnica, clínica.